Amor y magia amorosa*

Los conjuros de amor en el Nuevo Reino de Granada

* En *Credencial-Historia*, 103, Bogotá, julio 1998.

La persecución a las idolatrías en Iberoamérica y a la religiosidad popular en Europa produjeron dos hechos trascendentales: la domesticación y la feminización de la magia. Los rituales y las adoraciones que ocurrían en las montañas, en los bosques, en los ríos, en las cuevas, desde el siglo XVI se vieron precisadas a sobrevivir en las casas, a realizarse en la intimidad con sumo sigilo. Así mismo, los magos, hechiceros y chamanes que dominaban la comunicación con lo sobrenatural fueron dando paso a mujeres que ocuparon sus lugares. Las hechiceras de los siglos XVI, XVII, XVIII, como las de hoy día, fueron mujeres de distinta condición social.

María Ramírez, Lorenzana de Acereto, Magdalena Castellanos, Ana de Mena, Isabel de la Mota, Beatriz de Oviedo, Isabel González, María Salcedo, Bernarda Álvarez, Catalina de Acevedo y Ángela Marín fueron algunas de las muchas mujeres que en la época colonial se ocuparon de conjurar amores. Algunas eran mujeres de condición y prestigio, otras eran simples mujeres de hogar, otras eran viudas y muchas eran sirvientes y esclavas. Algunas eran blancas, incluso peninsulares, aunque la mayoría eran mestizas, mulatas y negras.

Contrario a lo abundantemente imaginado, las hechiceras coloniales no eran feas ancianas que rumiaran en la soledad su resentimiento. Las que cayeron en las garras del Santo Oficio de la Inquisición tenían entre treinta y cincuenta años, incluso se encontraban algunas con diecisiete o dieciocho años. Por los relatos de sus vidas sabemos que eran seres corrientes, a los que un hecho ocasional acercaba a quienes conocían el manejo de las plantas, de las piedras, de los conjuros y adoptaban una

nueva forma de vida. El éxito en algún conjuro les descubría su diferencia de las demás mujeres, la necesidad las animaba a seguir en su aprendizaje y creaban en torno suyo una fama. No obstante, sobre las hechiceras siempre hubo la presunción de ser mujeres livianas que utilizaban sus artimañas para conseguir tratos deshonestos con los hombres.

La hechicera fue un sujeto corriente de la sociedad colonial colombiana. En cada ciudad las había con distinto grado de notoriedad. En la primera mitad del siglo XVII, cuando los inquisidores más las persiguieron, se convirtieron en el reo más numeroso y frecuente de las celdas del Tribunal. Los sortilegios y conjuros que practicaban las hechiceras hacían parte de la cultura popular, y eran transmitidos con absoluta libertad de una mujer a otra. Incluso, su persecución no generó especiales precauciones en quienes los practicaban o los difundían. En sus confesiones a los inquisidores, las hechiceras admiten haber aprendido sus fórmulas de una vecina, una familiar o una viajera, que se los transmitía sin ningún egoísmo y con el convencimiento de que le traería el buen amor.

La existencia de las hechiceras coloniales es comprensible si se consideran muchas de las angustias que vivían los hombres de la época. Sus virtudes de zahoríes y adivinadoras las dedicaban a anunciar cuándo llegarían los galeones, a informar qué ventura tenía alguien que había partido hacía años y en propiciar amores imposibles. La hechicera, a diferencia de la bruja, no buscaba cambiar el orden natural ni acudía a argucias extraordinarias. Los asuntos que buscaba resolver eran cotidianos. Ello explica su numerosa clientela, que no sólo se componía de gente ruin. A ellas, hoy lo sabemos, acudían ricos hacendados, abogados de la Audiencia, frailes de distintas órdenes, esposas atormentadas, doncellas encaprichadas y viudas con deseos insatisfechos.

A diferencia de la Europa de los siglos XV y XVI, en Iberoamérica la hechicería muy rara vez aparece mezclada con la brujería. Por ello, el Tribunal del Santo Oficio fue en alguna medida permisivo con las hechiceras, aunque despreciaba su existencia y las sentenciaba a abandonar sus creencias. El Tribunal miraba a las hechiceras como seres ingenuos y sus asuntos como propios de mujeres embusteras. Normalmente, las hacían arrepentirse de sus creencias y las desterraban por un número prudente de años de la ciudad donde vivían. Cosa distinta ocurría cuando la Inquisición encontraba pactos con el demonio: entonces procedía en forma implacable. El proceso inquisitorial contra las brujas incluía tormento, azote, exposición pública, cárcel perpetua y, en algunos casos, la hoguera. La brujería sigue constituyendo un pecado grave contra la fe cristiana, toda vez que el pacto con el demonio se basa en la abjuración y abandono de Dios. Por el contrario, la hechicería, después del siglo XVIII, dejó de interesar a las autoridades, pero ha continuado existiendo bajo nuevas modalidades y con fines lucrativos siempre explícitos.

Las hechiceras coloniales poseían un repertorio mágico de distinto origen. Son notables las influencias ibéricas, llegadas con mujeres españolas y portuguesas que vinieron a residir a distintas ciudades del virreinato. En la Península existían arraigadas tradiciones esotéricas y hechiceriles que no eran exclusivas de las mujeres gitanas. Las importantes influencias africanas llegaron a través de las Antillas. En Cartagena, la Inquisición procesó a un numeroso grupo de hechiceras que procedían de Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico. Pero también hubo costumbres indígenas que pervivieron y fueron incorporadas a los textos de los conjuros y a las formas de realizar los rituales. Casi todas las hechiceras neogranadinas sabían el uso de las suertes que permitían la adivinanza. La suerte más famosa era la de las habas, que consistía en juntar unas habas con pedazos de plata, agitarlos

en las manos y luego lanzarlos sobre el piso o sobre un mantel. Según quedaran próximas las habas a la plata, se sabía si una persona tendría éxito. Mientras hacía la suerte, María Ramírez acostumbraba recitar el siguiente conjuro: "Conjúrote suerte y habas con Dios Padre , con Santa María su Madre y con tres libros misales y con tres cirios pascuales y con la misa que se dice dentro de Roma y con San Pedro y San Pablo y el Apóstol Santiago y el Señor de la Verdad y la Santa Trinidad, que me declaren esto que os quiero aquí demandar".

Las hechiceras también leían las cartas y las líneas de la mano. Algunas conocían suertes más sofisticadas como la del agua, que era casi una lectura de los astros reflejados en el agua de un recipiente que previamente se colocaba en el patio de la casa. Ya en la Colonia, algunas hechiceras hacían la suerte del huevo, que aún hoy se practica en forma generalizada el día de Año Viejo. La clienta que solicitaba el servicio entregaba algunos huevos. La hechicera quebraba uno cada noche y lo vertía en un vaso con agua. La forma que mostrara la clara del huevo a la mañana siguiente indicaba la suerte de la persona.

Si bien la hechicera era importante porque sabía echar las suertes, lo que la convertía en un ser excepcional era su conocimiento de los conjuros. Las palabras que la hechicera pronunciaba y daba por escrito como si se tratara de una receta médica, poseían una fuerza misteriosa capaz de hacer creer en sus demandas. Los conjuros, más que estribillos o fórmulas, eran oraciones que la hechicera pronunciaba con una entonación especial y adornada de una cierta teatralidad. Los conjuros eran textos que podían recordarse y aprenderse. Además, se creía que si no había persistencia en el conjuro, con dificultad se obtenían logros; por ello distintas hechiceras recomendaban la repetición de las palabras. En forma cabalística se aconsejaba que el conjuro se hiciera tres veces en el día o durante nueve días seguidos. François Delpech, un estudioso de los conjuros

castellanos, intuye que su origen se remonta a la alta Antigüedad.[1] Los conjuros eran conocidos en todo el Mediterráneo y tuvieron una indiscutible influencia en la literatura griega y latina. Los conjuros de amor parecen constituir también una manifestación de la más tardía y tenaz tradición de poesía erótica, tanto lírica como encantadora. Los conjuros tiene muchas semejanzas con las bendiciones, abjuraciones y exorcismos de la Iglesia, los cuales, al ser puestos en el molde de la retórica, donde la comparación y la alegoría, la belleza de las rimas y las referencias a paradigmas bíblicos, terminan dándoles un barniz de respetabilidad y ortodoxia. La cristianización de muchos ritos paganos fue un proceso muy largo y complejo, pero sumamente rico en enseñanzas culturales.

La fascinación por los conjuros a menudo no permite advertir un hecho fundamental: la magia erótica posee un profundo contenido religioso. El conjuro es individual y privado; su práctica ocurre generalmente en un cuarto cerrado, en solitario o con un grupo restringido de personas. El decorado del lugar es sencillo: unas velas encendidas, un poco de ara –la piedra santificada del altar que era apreciadísima por las hechiceras–, unas imágenes de santos y una baraja envuelta en un pañuelo de seda. Durante el rito, la hechicera podía hacer múltiples cruces con la mano sobre la imagen de uno de los santos, sobre el ara o sobre otro objeto. Al respecto, vale la pena recordar que en la España de los siglos XV y XVI se otorgaba especial poder a la bendición, al punto que existía una figura muy respetada llamada santiguador, que sanaba haciendo cruces donde había dolor. El conjuro era una buena medida, una plegaria a un santo especializado en cosas

[1] François Delpech, "Systéme érotique et mythologie folklorique dans les "conjuros amatorios" (XVIe-XVIIe siécles). En *Amours legitimes, amours illégitimes en Espagne (XVIe-XVII siécles)*. Agustín Redondo (director). París: Publications de la Sorbonne, 1985.

del amor. Santa Marta, Santa Elena, San Cristóbal y, más recientemente, San Antonio son invocados de manera muy particular. También Jesucristo, especialmente el Crucificado, que por piedad había aceptado morir, era considerado un intermediario y benefactor. Algunos conjuros hacen una pequeña biografía del santo invocado, como el que dice: "Marta, la que los hombres muertos buscó y guardó". En otra ocasión, a Santa Marta se le acreditaba una doble entidad: "Marta, Marta, Marta, a la mala digo, que no a la santa... Marta, Marta, no la digna ni la santa: la que descasas casados, la que junta los amancebados". La relación con los santos y el tono de las demandas en algunos casos se hacen más apremiantes. A la misma santa se le rezaba: "Preséntame señora Marta a fulano y haz que luego venga a mí". A Santa Helena se le pedía que usara los clavos de la crucifixión del señor. "...En el corazón de fulano los clavéis para que me ame y me quiera". A San Antonio, portador de la llama de la pasión: "...Lo que os vengo a demandar es fuego, de lo más ardiente, de lo más eficaz". Muchos conjuros de la época colonial incluían frases ininteligibles en latín, que se supone eran aprendidas de oídas durante la misa. Con seguridad, quien las repetía poco debía saber de su significado, mas sí de su carácter sacro. Aunque llama la atención que la mayoría de estas frases aludieran a la comunión y la consagración, como pax vobiscum y nova mentis nostrae oculis lux tuae claritatis infulsit. Otro hecho que revela el carácter religioso de los conjuros es que muchos debían pronunciarse secretamente durante la misa. Catalina de Acevedo, que era aprovisionada secretamente de santo óleo por un cura amigo, lo untaba en su rostro cuando iba a ver a un amante enojado; ya frente a él, rezaba en silencio: "Entre mí y tu rostro, ángeles y gozo". Isabel de Carvajal procedía en forma aún más envolvente. Con la mano izquierda hacía una señal de la cruz en el oído izquierdo del amante, mientras rezaba: "Jesús autem geniu se meta entre ti y mi".

Los conjuros de amor participan de una magia natural que invoca a los santos. Los filtros afrodisíacos y brebajes que acompañan el conjuro no dejan de sorprender por su domesticidad casi exótica. Ana María de Olerreaga, una viuda de 38 años, confesaba que para lograr que sus amantes la quisieran, tomaba su semen y lo quemaba en un candil. Paula de Eguiluz, una negra criolla, hechicera entre hechiceras, al decir de Adriana Maya, tenía especial gusto por un aceite que preparaba con la hoja de tostón. Este aceite recomendaba frotarlo, antes de ir al encuentro del amado, en el cuello, el pecho, las espaldas, los brazos y todas aquellas partes en que él gustara abrazarla. Para mejor efecto, los abrazos debían ocurrir antes de secarse el aceite, por eso varias veces le había tocado untárselo corriendo en la calle cuando iba al encuentro de su galán.

Las hechiceras del amor también recrearon una cocina mágica. Distintos animales domésticos, como el gallo, la gallina y el gato negro fueron incorporados a las fórmulas que buscaban atraer a una persona y doblegar su voluntad. Lorenzana de Acereto, para amansar a su marido, mandaba aderezar de un brujo cabezas de asno y luego servía en las comidas los sesos entremezclados con verduras. Pero tal vez fue el despreciado sapo el animal más sacrificado de los ritos de conjuros. Distintas hierbas aromáticas eran utilizadas en forma de sahumerio para preparar la casa antes de la reunión de conjuros. Las más conocidas eran el romero, la ruda, el culantro y los helechos. Ana María de Olarriaga acostumbraba tomar una hierba llamada cucaracha, que servía como pesticida, la frotaba entre sus manos y luego untaba el cuerpo de su amante mientras dormía desnudo. En la cocina mágica también eran utilizados el aceite, la sal, el vinagre y al aguardiente. Cuando el conjuro buscaba ligar a un varón a deseo de una mujer, el conjuro debía acompañarse muchas veces de residuos del cuerpo de la persona a quien iba dirigido. En estos conjuros, la magia erótica muestra abiertamente su relación

con la sexualidad. Aquí, el hechizo se logra gracias a los fluidos que emanan del cuerpo. Para ello se debía contar con el semen del varón a quien se quería ligar, la sangre menstrual de la mujer enamorada, el pelo de distintas partes del cuerpo –muy especialmente de las llamadas íntimas- y los orines y las uñas. Comúnmente éstos se solían mezclar con la comida del galán cuya pasión se estaba enfriando. Como bien lo ha advertido María Helena Sánchez, la cocina mágica no tenía grandes secretos ni complicaciones, aunque no deja de sorprender que fueran muy pocos los casos de galanes que sufrieran intoxicaciones mortales como consecuencia de las cenas de sus enamoradas. Aunque no deberíamos olvidar que la sociedad colonial era muy supersticiosa. Una muerte que no fuera explicable con los escasos conocimientos médicos de la época, inmediatamente provocaba la sospecha de que el causante era el conjuro de alguna mujer.

En resumen, los conjuros coloniales eran especies de ensalmos, de plegarias, de un inocultable contenido religioso, como religioso era el espíritu de la gente. Resulta llamativo que el conjuro buscara aprisionar lo más inasible de los seres humanos, sus sentimientos amorosos. Su simpleza y sencillez ritual alimentaban el desdén de las autoridades y de la gente ilustrada. El que los conjuros otorgaran tanta importancia al poder de la palabra y al empeño demostrado, los hacía ver como propio de mentalidades primitivas. Hoy, como ayer, en el límite del desespero, aún los más temperados acuden a estas mujeres en busca de una oración que les permita encontrar o conservar un amor. Las hechiceras ya no son perseguidas, tienen una clientela que paga y llena sus salas, aunque continúan siendo seres infinitamente misteriosos.

Oración a Santa Elena
Conjuro para ligar

Santa Elena, Santa Elena,
Hija sois del rey y reina,
El paso de la mar pasasteis
Con las mil vírgenes econtrasteis
Con ellas os abrazasteis
En una laja os acostateis
Un dulce sueño soñasteis
Del dulce sueño recordasteis
Para el monte Calvario caminasteis
Con la cruz de mi Señor Jesucristo encontrasteis
Con ella os abrazasteis
Tres clavos de amor le quitasteis
Uno al mar lo tirasteis
Con que la mar ensangrentasteis
Otro a vuestro hermano Constantino de Belén distes
Con batallas y guerras venció
Y otro, santa, os quedó
Ese esclavo que os pido
O me lo prestéis
O que el corazón de fulano lo clavéis
Que me quiera y que me estime
Y que no me deje por otra.

Oración a Santa Marta
Conjuro para atraer

Marta, la que los hombres muertos buscó y guardó,
Si no soy Marta, la que los hombres vivos buscó y guardó
Pues sois Marta, la que los hombres vivos
Buscáis y traéis,
Por qué no váis y me traéis a Fulano
Que me quiera y que me ame.
Marta, yo os conjurare a él y a vos con fuerza.
De sesenta y dos llaves que están en Roma
Y de sesenta y dos sacerdotes que dijeren sesenta y dos misas
La noche de Navidad
Y de sesenta y dos monaguillos que os salieren a ayudar.
Sal, Marta, de esa cueva obscura,
Y a los prados verdes me irás
Y tres luces de amor me traerás
Y en el corazón de Fulano las clavarás
Una en la boca,
Que siempre me tenga
La mando Señora
Y otra en el corazón,
Que rabie y pene por mi amor
Y otra en los pies,
Que rabie y pene por me ver.